

Mensajero del **Archivo Histórico**

de la

uia laguna

Dirección de Investigación y Difusión Editorial
Torreón, México. 30-XI-2000. Buzones electrónicos:
 archivo.historico@lag.uia.mx y sergio.corona@lag.uia.mx

ÍNDICE

página

Galería del Archivo Histórico	1
Ensayo histórico. El aposento en el sur de Coahuila en el Siglo XVIII	2
Libros de la Dirección de Investigación y Difusión Editorial	5
El Mostrador. El laberinto sin lágrimas: doce ensayos sobre Borges	7
Bibliografía del Fondo Reservado	13

Coordinador del Archivo Histórico y editor de la revista virtual: **Mtro Sergio Antonio Corona Páez**

Galería del Archivo Histórico

GILBERT. *Marché d'Automne*. Salon 1887. Paris



ENSAYO HISTÓRICO

EL APOSENTO EN EL SUR DE COAHUILA DEL SIGLO XVIII

De acuerdo a la mayoría de los inventarios que hemos podido analizar para el sur de Coahuila en el siglo XVIII,¹ la recámara o aposento —por lo general— estaba equipada con muy pocos muebles. En primer lugar encontraremos el “armazón” para cama, esto es, la base destinada a sostener el colchón, el cual podía estar fabricado con materiales más o menos bastos, entre los cuales era usual la jerga. Sin embargo, es interesante constatar que no es frecuente encontrar referencias a esta armazón en los testamentos indígenas, que muchas veces, como en Santa María de las Parras, el número de artefactos parecen sobrepasar en número y calidad a muchos inventarios de los percibidos como españoles en el mismo lugar.

Encontramos también casi siempre en el aposento el indispensable cofre, baúl o caja, que ordinariamente procedía de Michoacán, ya que el comercio con esa región era muy intenso, a juzgar por el gran porcentaje de artículos domésticos y piezas de mobiliario de ese origen existentes en el sur de Coahuila en aquella época. En esta caja se guardaba tanto la ropa de cama como la de uso personal. Para la conservación y buen olor de las prendas, éstas se ponían a buen recaudo junto con algunas ramitas de alhucema o espliego, planta que hoy conocemos con el nombre afrancesado de lavanda.

El mobiliario de la recámara podía completarse con una o dos sillas, también de Michoacán, un espejo, quizá alguna imagen religiosa y el

candelero para la vela o manteca combustible, que se llevaba encendida a la hora de retirarse al aposento y tenerla así a la mano.

Por lo que respecta a la ropa de cama, solían contar la mayoría del los hogares con dos pares de sábanas, por lo general confeccionadas en aquella tela conocida entonces como Ruán, que era un tipo de tela de algodón, dos almohadas de la misma tela con sus respectivas fundas; en algunas ocasiones había juegos de almohadillas menores llamadas acericos.² una colcha o sobrecama y una o dos cobijas, designadas característicamente como frezadas o frazadas.

Era la costumbre que la ropa de cama fuera aportada por la mujer entre aquellas cosas que entraban en el nuevo hogar por concepto de dote matrimonial.

Esta noción de dote, que en la conciencia popular ha sido interpretada como costumbre discriminatoria para la mujer, en realidad buscaba su protección. Se trataba de un conjunto de bienes que los padres otorgaban —si podían hacerlo— a sus hijas cuando éstas se casaban. Los bienes podían ser de distinta índole o naturaleza: en este concepto podían entrar desde el vestuario, blancos, propiedades muebles o inmuebles y, en última instancia, dinero. ¿Tenía esta institución social el propósito de hacer a las novias más aceptables? De ninguna manera. Se trataba de hacerlas más independientes, ya que la dote siempre pertenecería a la mujer, aunque estuviera casada. El marido no podía disponer de ella sin permiso de la mujer, y en caso de hacerlo, siempre tendría que reintegrársela. A la hora de la muerte de aquél, invariablemente había que discernir legalmente cuántos de los bienes

¹ Inventarios procedentes del Archivo Municipal de Saltillo y del Colegio de San Ignacio de Loyola de Parras

² Acerico: almohada pequeña que se pone sobre las de la cama, para tener más alta la cabeza. *Diccionario de Autoridades*. 1726. p. 46

matrimoniales pertenecían a la dote original —los maridos tenían que otorgar recibos al casarse— antes de hacer el reparto de los bienes paternos a los herederos.

Las prendas que entraban al matrimonio como “bienes dotales” habrían sido confeccionadas y adornadas poco a poco por la futura novia, con materiales que podían adquirir en la tienda de la villa, pueblo o lugar de que se tratará; ahí se podían encontrar diversas telas —importadas o “del reino”— que se vendía por varas (medidas de longitud de 83.5 centímetros), y toda clase de buhonería.

Las técnicas de ornamentación más usadas en el vestuario dotal de aquella época fueron el labrado, hoy conocido como bordado; el deshilado y el guarnecido. Se “labraba” con hilo de seda, de lana o de algodón, aunque podían entrar materiales diversos en la ornamentación de una sola pieza.

El deshilado era una técnica muy popular para la ropa de cama, manteles, ropa femenina y aún par los pañuelos de los caballeros.

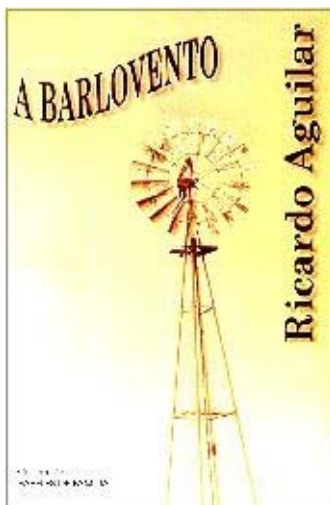
El guarnecido consistía en sobreponer el adorno a la tela que le servía de base; en algunos inventarios se describen piezas de vestuario femenino guarnecidas con encajes o con franjas de metales preciosos, tales como el oro y la plata.

A manera de ilustración, era común que la novia trabajara las almohadas, una con la técnica del deshilado, y la otra con el labrado o bordado de seda. En este último caso, se llevaba registro del peso de la seda bordada, ya que era un material más bien caro. En cambio, la colcha podía ser bordada con lana y con algodón.

Por lo general, en los diversos hogares del sur de Coahuila encontramos la recámara básicamente con el mismo mobiliario y ajuar descritos, y varía solo la calidad y la cantidad.

Nombres y funciones asociadas de algunos muebles coloniales del sur de Coahuila	
Nombre	Funciones
Petaca (con llave)	Guardar objetos de valor como dinero, plata. Servir como ropero: vestimenta zapatos.
Caja	Guardar ropa, calzado, accesorios del vestuario o tocador, alimentos (en cocinas)
Tumbadillo (de Michoacán)	Se usaba al pie de la cama. Servía para guardar ropa y accesorios, particularmente femeninos.
Baúl	Guardar ropa masculina o femenina, blancos, ropa de cama, cubiertos de valor, platería y varios.
Cestón	Al parecer hecho de mimbre. Mismo uso que cajas y baúles.

**Libros de la Dirección de Investigación y Difusión
Editorial (pedidos, por favor a: acequias@lag.uia.mx)**



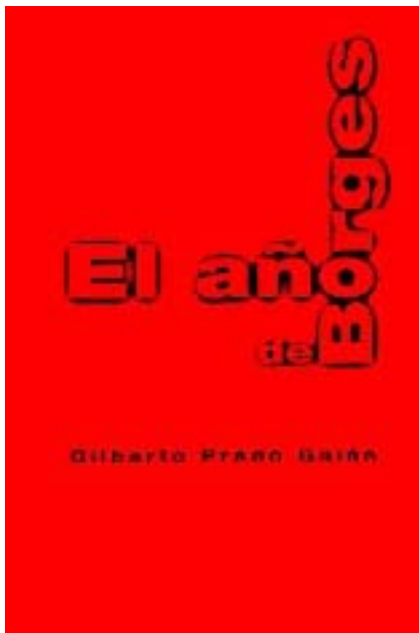
A BARLOVENTO de Ricardo Aguilar Melantzón. Universidad Iberoamericana Laguna. 1999. Es un libro que por su forma y contenido resulta en realidad “muchos libros”. Se trata de una íntima novela fragmentada sobre la segunda edad de un padre de familia, un vivo testimonio sobre la condición no tanto chicana como fronteriza de su protagonista, un lúcido ensayo con fuertes soportes líricos y narrativos que indaga la llamada eterna condición humana, un duro alegato sociocultural.

\$ 40.00 pesos mexicanos

Otros títulos en existencia (pesos mexicanos):

- **Epistolario de un sueño* del Dr. Ricardo Coronado Velasco \$ 150.00
- **Entre lo público y lo privado* de la Mtra. Laura Orellana Trinidad \$ 60.00
- **Investigación a tu alcance 1* de Jaime Maravilla Correa, Sara Oranday Dávila y Laura Orellana Trinidad \$ 60.00
- **Investigación a tu alcance 2* de Jaime Maravilla Correa, Sara Oranday Dávila y Laura Orellana Trinidad \$ 60.00
- **Investigación a tu alcance 3* de Jaime Maravilla Correa, Sara Oranday Dávila y Laura Orellana Trinidad \$ 96.00
- **Una disputa vitivinícola en Parras (1679)*. Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- **San Juan Bautista de los González. Cultura material, producción y consumo en una hacienda saltillense del siglo XVII*. Sergio Antonio Corona Páez. \$ 35.00
- **Felipe Martínez. Apuntes desde la frontera (1891- 1892)*. Por Francisco Durán y Martínez. Editorial Norte Mexicano. Torreón. 1998
- **Censo y estadística de Parras (1825)*. Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

EL MOSTRADOR



**EL LABERINTO SIN LÁGRIMAS:
DOCE ENSAYOS SOBRE BORGES**

RESEÑA POR
JAIME MUÑOZ VARGAS

Una deslumbrante paradoja circula por las arterias del libro que anatomiza esta reseña; Gilberto Prado Galán, en el umbral de su obra, habla de que *El año de Borges* nace como acto de gratitud, como prueba de su agradecimiento al centenario escritor que le obsequió “el beneficio de reeducar la mirada”. Digo que ésta es una bella paradoja porque, todos lo sabemos, Borges perdió la vista y, sin embargo, su literatura ha mantenido la pasmosa virtud de ensañarnos a ver con mayor claridad el contorno de todo lo visible y de todo

lo invisible. Ahí está, y Prado Galán lo advierte con notable lucidez, el punto donde se apoya la esencia del quehacer borgiano: sus poemas, sus ensayos y sus cuentos son una silenciosa universidad para quienes desean calzarse nuevos ojos y percibir el mundo con una mirada capaz de no incurrir en el daltonismo del aburrimiento.

En nuestra comarca —y a fuerza de buenos libros en latitudes cada vez más alejadas—, el nombre de Gilberto Prado Galán (Torreón, Coahuila, 20 de septiembre de 1960) es sinónimo de agudeza intelectual. Como suele ocurrir con los talentos que no peregrinan la órbita de lo común, su obra se ensancha con una velocidad y una solvencia sistemáticas; desde hace mucho, cada año nos regala con un nuevo libro y nos muestra que su rigor de ahora es el mismo que ya se evidenciaba desde que comenzó el ascenso de su Everest creativo. En el camino, quién lo ignora, ha cristalizado asedios como *Las máscaras de la serpiente*, *Huellas de Salamandra*, *Vindicación de Incurable*, *Luis Cardoza y Aragón: las ramas de su árbol*, *El misterio y su lámpara* y, como él gusta decir, “una larga fila de etcéteras” no menos iluminadora. Su currículum, pues, se nos ha vuelto casi inmanejable, y, a menos que dispongamos de dos o tres cuartillas, no podemos citar completos su bibliografía, sus lecturas, sus premios, sus cátedras, sus talleres, su solera íntegra de intelectual que, sin migaja de duda, es ya el ensayista literario más destacado de cuantos habitan los dominios del norte mexicano. Para demostración basta citar *El año de Borges*, documento que nace de la gratitud, pero que también la propicia. Veamos por qué.

Publicado bajo los sellos editoriales del CONACULTA, del Instituto Municipal de Cultura, de Miguel Ángel Porrúa y de la Universidad Iberoamericana Laguna, *El año de Borges* acoge doce acercamientos a igual número de cuentos amonedados por el argentino. Prado Galán observa que la

selección de tal docena está regida por el afecto, por la simpatía de quien se ciñe a esa friolera para significar que cada cuento equivale a un mes de 1999, el año del centenario borgiano. Son pasados por la lupa, entonces, los cuentos más queridos del ensayista, y aunque se pueda ripostar alguna dolorosa pero muy entendible ausencia —“Emma Zunz”, “La casa de Asterión”...—, se desmenuza aquí un racimo de relatos digno de figurar en la memoria por su antológica estatura.

Muy pronto sobresale, a mi ver, la dinámica general de la obra. En ella se percibe un elemento apto para la mención: sin menoscabo de una prosa depurada, pletórica de hallazgos verbales, cadencia y rigor, aparece en los ensayos pratenses el signo de la escuela ensayística norteamericana; apoyados en un tremendo aparato erudito, los ensayos develan a un crítico que procede con una metodología analítica cuya arquitectura se modela en líneas severas, rectas. Prado Galán desmonta cada cuento con la intuición y la inteligencia que lo caracterizan y nunca cede a la tentación de hacerle trampa a la escuela que subvive en los asedios. Más que en ninguno de sus libros anteriores, *El año de Borges* afirma la necesidad de aproximarse a cualquier hermenéutica con la cautela formal que singulariza, insisto, al ensayo frecuentado por los críticos norteamericanos. Pero si insisto en eso, también debo enfatizar que Gilberto Prado no metodologiza sus escolios al grado de parecer mecánico, frío; antes bien, hay una delicada y agradecible armonía entre rigor e intuición, entre análisis y bella prosa. La obra de Borges, nutrida hasta el corazón de guiños eruditos, laberíntica, compleja como intrincada retícula y sencilla nada más para quienes temen sumergirse en esa gozosa dificultad, no sólo autoriza un método de interpretación escrupuloso hasta la minucia, sino que exige una mente bien amueblada y una sensibilidad despierta, como las de Prado Galán,

único escritor entre nosotros que puede arrostrar venturosamente una empresa de tales magnitudes.

Muchos lectores han ponderado la enormidad de Borges. Todos coinciden, explícita o implícitamente, en que este autor ha tratado con fortuna los asuntos más caros para la literatura y —diluidos en cuentos, poemas y ensayos— para la filosofía. El tiempo, el espacio, el infinito, el conocimiento, la noción de dios, el lenguaje, el azar y muchos otros temas se agazapan en la obra borgiana. Desentrañar el sentido de ese trabajo, buscar qué quiso decir Borges con tal o cual relato, se convierte entonces en la obsesión de Gilberto Prado. Así sucede en “La reescritura del universo: ‘La biblioteca de Babel’”, ensayo donde el lagunero indaga, provisto como ya señalé de cuantiosas referencias documentales sobre todo de corte filosófico, el lenguaje y su infinitud de sentido, la existencia de un Libro (con mayúscula) que abrace en sus hipotéticos forros todos los libros, o el sentido de todos los libros.

Debo quizá a un defecto de formación mi tendencia para reconocer como favoritos aquellos cuentos de Borges cifrados en clave realista, y cuando digo *realista* uso la nomenclatura de Emir Rodríguez Monegal. Aunque “El atroz redentor Lazarus Morell” es un relato escrito a caballo entre la fantasía y la verdad histórica, su asunción es realista y es uno de mis predilectos. Prado Galán lo acomete en un ensayo apellidado “las pequeñas distracciones de la historia”, y señala allí que Borges juega con la idea de un pasado que se teje a partir de ínfimos detalles. Además, y esto requiere un énfasis fosforescente, el escritor de Torreón destaca un rasgo que magnifica a Borges: su manejo de la ironía, del hechizante oficio de acuñar oxímoros tan irreprochables como “atroz redentor” o “criminales venturosos”.

No pretendo, por supuesto, agotar en esta breve reseña el recorrido que un lector, por sí mismo, puede hacer a *El año de Borges*. Cada ensayo es

encarado conforme al asunto que subyace en los relatos esclarecidos. Por ello, pienso que el libro es una puerta para acceder al Borges profundo, al Borges que ocultó las motivaciones y el sentido de su hacer en una inteligente jungla de detalles; eso sucede con cuentos como “El fin”, “La escritura del dios”, “Las ruinas circulares”, “El jardín de senderos que se bifurcan”, “Funes el memorioso” y, no podía faltar, “El Aleph”, piezas que entrañan, a mi juicio y sin desmerecer a las otras que componen la selección del ensayista, una dificultad casi metafísica. Así de complicado me parece el Borges de sus textos fantásticos. Pero Prado Galán, sin amedrentarse ante tamaño propósito, ha hundido su mirada en los luminosos sótanos de la literatura borgiana y nos ha dado la posibilidad de disfrutarlo más, de leerlo mejor, con reeducados ojos.

Cada lector del argentino, sin embargo, tiene preferencias. En mi caso, guardo un afecto incondicional por tres cuentos que, si nos ceñimos estrictamente a la definición tradicional del género, son perfectos; me refiero a “La intrusa”, “El Sur” y “El Evangelio según Marcos”. Gracias a Gilberto, esas tres obras han alcanzado ante mí una renovada dimensión, y de seguro ya no emprenderé su relectura sin considerar las claves que me ha dado la placentera inspección de los ensayos. Porque asombra de veras, vaya un ejemplo, el impresionante y diestro bisturí que Prado Galán empleó para hurgar en “El Sur”, cuento que Borges alguna vez consideró como el más logrado de su producción. Hay en este ensayo, como en todos, una robusta capacidad inquisitiva. El crítico lagunero interroga al cuento y extrae, paso a paso, las simetrías que lo convierten en un formidable dechado de armonía estética e inteligencia discursiva. Cuando Prado Galán examina las partes del relato enumera literalmente aquellas zonas de la cuentística borgiana que le

sirven para apuntalar algún dictamen, y el ensayo sobre “El Sur” es impecable muestra del dominio alcanzado en el arte de asediar composiciones verbales.

Ofrezco un ejemplo más de escrupulosidad: en “‘La intrusa’: la historia sin ropaje”, Gilberto Prado descubre la prodigiosa habilidad que tuvo Borges para configurar una anécdota teñida por la violencia de la sangre. Pero nuestro detective está para eso, para detectar, y lo hace con un rigor sólo comparable al que tuvo Borges para suministrar estos detalles alusivos al color rojo, el color de la sangre; cito a GPG:

1. El color de la baldosa del patio divisado desde el zagúan: “Desde el zagúan se divisaban un patio de baldosa colorada y otro de tierra”
2. El color de la melena de los Nilsen: “Sé que eran altos, de melena rojiza”.
3. El mote puesto a los Nilsen por la gente del barrio: “El barrio les temía a los Colorados”.
4. La explícita alusión a la sangre: “Dinamarca o Irlanda, de las que nunca oírían hablar, andaban por la sangre de estos dos criollos”.
5. La mención de los pingos: “De seguir así los vamos a cansar a los pingos. Más vale que la tengamos a mano”.

Éste es sólo uno de los numerosos descubrimientos de la lupa gilbertiana. Todos los cuentos han sido catados de igual forma y ratifican lo que se viene comprobando desde 1984: Gilberto Prado Galán es nuestro mejor ensayista y negarlo, a estas alturas, es una necedad digna de nuestra más estrepitosa indiferencia.

Y si *El año de Borges* nació de la gratitud, este comentario tiene similar origen. Celebremos el centenario del argentino con un libro que nos honra a todos, un libro que es la puerta ebanistada por Gilberto Prado Galán para ingresar, sin lágrimas, a ese fascinante laberinto llamado Jorge Luis Borges.

El año de Borges, Gilberto Prado Galán, UIA Laguna, CNCA, IMC y Miguel Ángel Porrúa, México, 1999, 115 pp.

BIBLIOGRAFÍA DEL FONDO RESERVADO



Vida exemplar y virtudes heroicas del venerable Padre Juan Antonio de Oviedo de la Compañía de Jesús escrita por el padre Francisco Xavier Lazcano. En México en la Imprenta del Real y más antiguo Colegio de San Ildefonso. 1760